

group is often internally varied and includes intragroup tension. Chinese came to Cuba with different ethnic backgrounds, which could limit larger group cooperation. Some Chinese economically exploited their compatriots. The experience of Chinese merchants and laborers differed significantly and at times the former sought to protect their interests at the expense of the latter. Disagreements over politics also emerged (i.e., supporting the KMT vs. communist revolution in China, advocating for a lack of involvement in Cuban politics or for the status quo vs. supporting labor organizing and communist revolution in Cuba, etc.). López notes intergenerational tension and questions over the inclusion of mixed children into the larger Chinese community as well. Further research on this last topic would help us understand the Chinese Cuban experience even better. In any case, *Chinese Cubans* is the most comprehensive history of the Chinese in Cuba and is extremely insightful. Scholars interested in Cuba, the Chinese diaspora, immigration, race and ethnicity, and related topic will definitely want to read this book.

María Teresa Cortés Zavala. 2013. *Los hombres de la nación: Itinerarios de progreso económico y el desarrollo intelectual, Puerto Rico en el siglo XIX*. México: Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo/ Ediciones Doce Calles. 178 pp. ISBN-13: 978-84-9744-143-8.

Pedro L. San Miguel
Departamento de Historia
Universidad de Puerto Rico, Río Piedras
psanmiguel@prtc.net

La Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, localizada en la ciudad de Morelia, en México, es un lugar singular. En ella trabajan varios estudiosos cuya labor resulta un tanto excéntrica en el medio mexicano, sobre todo en un contexto como el del estado de Michoacán, geográficamente alejado del Caribe. En efecto, no deja de ser sorprendente que justo en esta institución laboren académicos que han dedicado parte sustancial de su quehacer a investigar y escribir acerca de la historia caribeña. Un fenómeno como éste se puede achacar, quizás, a la alegada seducción que ciertas partes del globo pueden ejercer sobre los fuereños. Yo, como forastero en México, puedo dar fe de ello, si bien en sentido inverso, es decir, de la fascinación que ejerce México sobre mí. Me refiero, por supuesto, al hechizo o embeleso que

puede ejercer un país como México o una región como el Caribe como objeto de investigación, análisis, reflexión y dedicación académica e intelectual. Si bien acepto que yo padezco de análogos embrujos, no me deja de sorprender que un investigador se obsesione con un tema, asunto o cuestión al grado de dedicarle esfuerzos continuados con el fin de observarlo, examinarlo, escrutarlo, analizarlo y tratar de comprenderlo. Tal comportamiento es, sospecho, una especie de síndrome, neurosis, perturbación, trastorno o hasta locura. No en balde uno de los arquetipos del humano embrujado por las letras es ese memorable loco nacido en un lugar de la Mancha de cuyo nombre su creador —aquel genial Manco de Lepanto— no quiso acordarse.

Mas yo sí quiero enunciar el nombre de la autora del libro que provoca estas líneas. Quiero —y debo— hacerlo como un acto de respeto y admiración por su dedicación de años a la historia de un pequeño país antillano, Puerto Rico, sobre el cual María Teresa Cortés Zavala ha escrito diversos trabajos. Amén de ello, ha instado a que varios de sus alumnos se dediquen al estudio de este país, minúsculo en tamaño y de limitada relevancia en el ámbito de la historia latinoamericana. Puerto Rico, ciertamente, no es México, Brasil, Argentina, Perú o Venezuela; incluso, en el contexto caribeño, su historia no alcanza las dimensiones épicas y dramáticas de la haitiana, ni cuenta con el dificultoso e inusitado acontecer de la República Dominicana, ni con el devenir atormentado y conflictivo de países como Jamaica, Martinica o Guyana, y mucho menos con un pasado que haya trascendido sus límites insulares, alcanzado proyecciones continentales —como el de Cuba. Puerto Rico, ha insistido un escritor local, es un “país invisible” —si bien esa invisibilidad es relativa dadas las famas transcontinentales de varios reguetoneros de moda, de artistas como Jennifer López y Ricky Martín, y, en el pasado, de Menudo, Daniel Santos o Rafael Hernández. En todo caso, aunque peque de *lesa puertorriqueñidad* debo afirmar que mi país tiene una historia que resulta, desde ciertas perspectivas, anodina, nimia, insípida, aburrida o trivial. Es ésta una razón adicional por la cual me parece tan meritoria la labor de investigación y difusión que ha desarrollado la doctora Cortés Zavala en torno a la historia de este chico, imperceptible y, en buena medida, insignificante país —y esto, que conste, no lo afirmo como lamentación o con sentido de inferioridad.

Pero no nos llamemos a engaño: estudiar la insignificancia posee su valor y su mérito. Al respecto, invoco a uno de los michoacanos más ilustres, don Luis González, investigador ejemplar por su peculiar manera de concebir la disciplina histórica. Pues bien, en los inicios de su *Pueblo en vilo: Microhistoria de San José de Gracia* (1968) —obra maestra de la historiografía mexicana—, don Luis justificó su estudio de un poblado de tan escasa magnitud y de tan exigua importancia —en muchos mapas de

México, San José de Gracia ni siquiera aparece, alegó el afamado historiador sanjosefino— aduciendo que si bien la suya era la insignificancia absoluta, era esa una insignificancia representativa. Es decir, representativa de los miles de poblados mexicanos similares, parecidos o análogos a su amado terruño, a esa minúscula “matria” apenas habitada por un puñado de lugareños, pero que compartían estilos de vida, inquietudes, expectativas, necesidades, esperanzas, valores y formas de enfrentar los retos de la existencia con miles y hasta con millones de mexicanos. La insignificancia, como vemos, puede trascender el campanario de la iglesia que oteamos desde nuestra ventana.

Se me antoja que el ejemplo de San José de Gracia ofrecido por el maestro González se podría aplicar a la historia de Puerto Rico, o al menos a trozos significativos de su pasado. Me remito para ello a la portada misma del libro *Los hombres de la nación: Itinerarios de progreso económico y el desarrollo intelectual, Puerto Rico en el siglo XIX*. Esa carátula reproduce una sección del cuadro *El velorio*, del pintor decimonónico puertorriqueño Francisco Oller (1833-1917); es ésta, probablemente, la obra más notable de la plástica puertorriqueña. Y no me refiero a sus rasgos técnicos o a sus méritos como obra artística —factores sobre los cuales carezco de solvencia como para disertar o discursar—; me refiero más bien a su contenido, a su mensaje, a su enorme capacidad para transmitir sentidos y significados. Porque esta obra constituye, a fin de cuentas, una representación de lo que sin duda alguna fue una de las inquietudes fundamentales de los intelectuales y los letrados puertorriqueños del siglo XIX: la pugna, la lucha entre “civilización y barbarie”. Angustiados por un medio como el puertorriqueño, en el cual estaba por hacerse todo ya que todo faltaba, hacia mediados de siglo XIX una pléyade de inquietos jóvenes criollos asumió la descomunal labor de construir un país. Varios de esos jóvenes —ya por medios familiares, ya contando con el apoyo de generosos mecenas o de las escasas entidades interesadas en el progreso de la Isla— viajaron al extranjero a estudiar diversas materias, orientadas en su mayoría a las ciencias, a esas disciplinas que pudiesen tener aplicaciones prácticas y que, por lo tanto, pudieran contribuir al adelanto material, educativo y cultural de su sociedad, tan desvalida entonces de virtualmente todo.

Fue ese el gran reto, el enorme desafío que enfrentaron figuras como Román Baldorioty de Castro y José Julián Acosta, esos “hombres de la nación” estudiados por la doctora Cortés Zavala en su libro. Sus inquietudes, retos, desafíos, expectativas, esperanzas y éxitos, así como sus desesperanzas, desengaños, desilusiones, chascos y fracasos, no fueron disímiles a los de muchos letrados, intelectuales y figuras públicas que, a lo largo de la tortuosa centuria decimonónica, vivieron los “desencuentros con la modernidad” en América Latina y el Caribe.

Debido a ello, se puede considerar que al examinar los susidios y las zozobras, al igual que las gestas y las hazañas de esos héroes cívicos que fueron José Julián Acosta y Román Baldorioty de Castro, la doctora Cortés Zavala está cumpliendo un doble cometido. Por un lado, nos brinda criterios para conocer mejor la obra de dos sobresalientes intelectuales puertorriqueños que fueron hombres de letras, científicos, pedagogos y, además, hombres públicos —todo ello en su más sana y positiva acepción. Por otro lado, al ser su vida y su obra representativas de las de muchos otros letrados obcecados también por el enfrentamiento sin cuartel entre “civilización y barbarie”, su libro termina siendo un resquicio a partir del cual atisbar las inquietudes, los quehaceres y los lances intelectuales, sociales, culturales, políticos y cívicos de los intelectuales latinoamericanos y caribeños. Estos últimos fueron también, como esos dos letrados cuyas “vidas paralelas” nos refiere la doctora Cortés Zavala, “hombres de la nación”, empeñados en construir, erigir y figurar esas “comunidades imaginadas” que son las naciones modernas.

En efecto, Baldorioty de Castro y Acosta formaron parte de una extraordinaria generación de “hombres públicos” que tuvieron a su haber la prometeica tarea de crear una nación, de fundarla, de instituir la, de constituir la, de forjarla; por ende, de concebirla, de idearla, de conjeturarla, de inferirla, de imaginarla. En no poca medida, tuvieron que actuar como demiurgos, creando casi desde el vacío. Era Puerto Rico en su época una colonia española centrada en la producción de azúcar, incluso con mano de obra esclava, y en la cual el Gobierno operaba con criterios cuartelarios. Las instituciones civiles eran poco menos que inexistentes o apenas emergían; ello aplicaba por igual a los organismos estatales, económicos, sociales, educativos, etcétera. En la visión de hombres como Acosta y Baldorioty de Castro, Puerto Rico era un yermo que requería el establecimiento de casi todo lo que definía a un país moderno, a una nación.

Por ello, desde temprano en sus vidas desarrollaron intereses tan diversos, amplios y heterogéneos. Simultánea o sucesivamente, fueron escritores y hombres de letras, periodistas, publicistas, editores e impresores, compiladores de fuentes y documentos históricos, estudiosos de lenguas extranjeras, científicos, investigadores, técnicos y expertos en diversas áreas del saber, maestros y mentores. Todo esto se desprendía de un hondo sentido cívico, de una raigal vocación de servicio a su sociedad. Fueron, en fin, “intelectuales comprometidos”, mas no usando el cañón y el fusil, sino recurriendo a la palabra hablada y escrita, al conocimiento, al estudio y la investigación sistemáticos y rigurosos, a la difusión generosa de su saber, a una dedicación casi obsesiva a las artes y las ciencias. Fueron por ello hombres entregados a una causa, la de servir a su pueblo, la de ayudarlo a superar sus carencias y limitaciones, conduciéndolo al

progreso, la modernidad y la civilización. Por lo anterior, por su “afán de modernidad” (Silvia Álvarez Curbelo *dixit*), fueron además hombres angustiados, atribulados, consternados, posiblemente melancólicos, sentimiento generado, precisamente, por su frustración ante un contexto mediocre, atrasado, arcaico, arbitrario y bárbaro.

Con todo, asumieron que podían contribuir a las transformaciones que requería urgentemente la sociedad puertorriqueña. Por esto también fueron políticos; como correspondía a personas con sus inquietudes, sensibilidades y principios éticos, fueron liberales, lo que implicó, en esa sociedad cerrada y vigilada que era Puerto Rico entonces, que fuesen hostigados, perseguidos, acosados y vigilados debido a sus ideas. De hecho, en la mayoría de las obras en las que se abordan los cometidos de estos dos prohombres del Puerto Rico decimonónico, lo que se suele destacar es su incursión en la vida política; por ejemplo, su papel en la fundación del Partido Liberal Reformista, allá para inicios de la década de 1870, así como su rol en los debates ideológicos y en los vaivenes y las peripecias del liberalismo puertorriqueño del siglo XIX. Con el correr del tiempo, por cierto, los senderos políticos de Acosta y Baldorioty de Castro se bifurcarían. El primero continuaría aferrado a aquella corriente ideológica que abogaba por la plena incorporación de Puerto Rico a España como otra de sus provincias, lo que implicaba la aplicación en la Isla de las mismas leyes que existían en la Península; por ello a esa tendencia se le conoció con el término de “asimilista”. Baldorioty de Castro, por su parte, habría de convertirse, en la década de 1880, en el “padre del autonomismo puertorriqueño”, corriente ideológica que patrocinaba el “gobierno propio”, ese que en el modelo canadiense que sirvió de inspiración al prócer se denominaba *self-government*. Pese a que entonces sus rutas divergieron, Acosta y Baldorioty de Castro retuvieron la esencia de todo aquello que los unió durante sus años mozos, incluso el aprecio personal y el mutuo respeto intelectual. Por esto también se puede considerar que fueron personas ejemplares, dignas de emulación.

Dada la relevancia de sus faenas políticas, usualmente se le ha prestado menos atención al quehacer científico, pedagógico y cultural de estos dos notables puertorriqueños. Precisamente, uno de los méritos principales de la obra de la doctora Cortés Zavala es que resalta sus aportaciones en estos ámbitos; ello sin menoscabar su función como “hombres públicos”, como gestores de la puertorriqueñidad. Por ello, Acosta y Baldorioty de Castro, a pesar de sus diferencias, fueron ambos verdaderos “hombres de la nación”. Por haber iluminado la vida y la obra de estas dos importantes figuras históricas, y por efectuarlo desde una perspectiva poco usual, los interesados en la historia de Puerto Rico tenemos una deuda de gratitud con la autora de *Los hombres de la nación*.